

El perdón desde la logoterapia

Martha de Iglesia

Viktor Frankl y la logoterapia

El Dr. Viktor E. Frankl es el creador de la tercera escuela de psicoterapia de Viena. Médico psiquiatra, nacido en el año 1905 en Viena, conoció y compartió estudios con Sigmund Freud y Adler. De origen judío, hombre profundamente creyente, vive actualmente en Viena. Hace unos pocos meses ha recibido honores y ha dictado conferencias en el Japón. Es un hombre que muestra y demuestra la juventud y la potencia resistente del espíritu que lo anima en su trayectoria que comenzó hace muchos años.

La perspectiva en la que se coloca Viktor Frankl, la actitud crítica ante la visión humanística reduccionista (ya que hay humanismos reduccionistas, sobre todo los humanismos ateos) es una actitud de separación; es el rechazo de una visión hedonista y estoica de la vida, como también de una perspectiva inmanentista o subjetivista. Se sitúa en un contexto en el que acentúa la esencial trascendencia del hombre en el sentido de una orientación fundamental hacia los significados y valores.

Cuando a Frankl se le pregunta que quiere decir *Logoterapia* él responde que de todas las acepciones de la palabra *logos* hay solamente una que es la adecuada para acompañar a la otra: terapia. Logos en la acepción de sentido; y terapia, no en la acepción de cuidado para curar, sino en la acepción más original, más primaria: cuidado como acompañar, como consolar, como estar al lado, como estar junto, como encontrarse con aquel que va en busca de descubrir el sentido de la vida. La logoterapia integra aportes de distintas corrientes y escuelas psicológicas, y distintas técnicas para trabajar con ellas como instrumental, no como fin; como medio para un fin que es mucho más importante y que es el eje coyuntural de la logoterapia. Acompañar a que cada ser humano descubra el sentido de su vida.

Las palabras que dijo Isaías hace miles de años “consolad, consolad a mi pueblo dice nuestro Dios” no sólo son vigentes hoy día sino que están también dirigidas al médico. Y podríamos decir a los psicólogos, a los educadores, a los orientadores que en la máxima de hallar un sentido no están proporcionando primeros sino últimos auxilios.*

La Lic. Martha de Iglesia es psicóloga clínica y catedrática de la Universidad Católica Argentina.

La presencia ignorada de Dios

Estamos en la tierra prometida en donde una psicoterapia inscribió hace muchos años en su teoría y en su práctica el tema fronterizo de la existencia humana entre lo divino y lo humano. La logoterapia como presentación científica partió de una definición antropológica. Definió a ese hombre enraizado en la tierra y creciendo hacia el cielo como un ser bio-psico-socio-espiritual y colocó la mirada central en la dimensión potente del espíritu. Por eso la logoterapia como psicoterapia es específica para trabajar en la dimensión noética, dimensión en la cual los valores, el descubrimiento del sentido del trabajo, del sufrimiento, del amor, de la culpa y de la muerte son específicos; y lo inespecífico son las neurosis, las psicosis, las obsesiones, el enfermar humano ¿Por qué esto es inespecífico? Porque en el hombre doliente el sufrimiento que acompaña el dolor, que experimenta en carne y huesos, es parte de una realidad inexorable, de una realidad que lo acompaña desde la herencia hasta la muerte. Lo único que no recibe por herencia es el espíritu. La logoterapia, por eso, apela y llama a la psicología y a la medicina para que distingan conceptos como personalidad y persona. La logoterapia trabaja a través de la personalidad humana, con la persona; es decir, con el núcleo de actos espirituales que certifican la singularidad, la posibilidad misteriosa, extraordinaria, insospechada, de que el ser humano decida perdonar.

El acto del perdón

Perdonar es un acto voluntario; es un acto misterioso. El psiquismo interviene todo; y de distintas maneras. De ese bagaje humano que lleva consigo el ser humano, interviene la función psíquica. Sin embargo, lo esencial es la actitud frente a la ofensa, frente a la violación, frente a la injusticia, frente al avasallamiento individual o social, la actitud se expresa a través de la manifestación corporal, y psicológica. Sólo es posible que surja de la persona, es decir, de la realidad más profunda del ser como humano; de su ser, de su ontología, de posibilidad propia de él, de ser libre para ser responsable. El ser humano es libre no sólo para elegir sino para elegir dar respuesta.

Eso significa responsabilidad: dar respuesta. Y el perdón es una respuesta única. Nadie puede perdonar por nosotros. Cuando se recibe a través de la gracia, en distintos credos, el perdón personalizado, recibimos



Lic. Martha de Iglesia (izquierda).

también la gracia de encontrarnos más y mejor con nuestra posibilidad como persona de adoptar una actitud frente al agresor, frente al violador, frente al destructor, frente al avasallador. La actitud de saber que perdonar será el testimonio concreto en la situación concreta, el testimonio de que somos plenamente humanos, y que en ese instante y cada vez que renovamos conscientemente el acto de perdonar, reactualiza lo divino en nuestra humanidad. La psicología del perdón convoca a la sacralidad de la ciencia.

Frankl sostiene en sus libros algo que él no descubrió, ni inventó, sino que corroboró en el transcurso de su vida. *El hombre en busca de sentido* es el testimonio autobiográfico que el se encarga de aclarar cuando dice que es sobreviviente de cuatro campos de concentración. Y *La presencia ignorada de Dios* es el otro libro de Viktor Frankl tesis en la cual asegura y demuestra que así como existe un inconsciente instintivo reprimido existe el inconsciente espiritual reprimido donde se halla silenciosa la morada de la presencia ignorada de Dios.

En esa tesis, que estaba llamada a convocar multitudes, pero que a causa de un temporal terrible asistieron nada más que doce personas que constituyeron el público que tuvo el honor y el privilegio de escuchar la importancia para la psicoterapia de poder trabajar con la esperanza colocada en la religiosidad inconsciente aún de aquel que se dice ateo, que reniega de Dios, y al cual no se le puede hablar de Dios. Esa es tarea del sacerdote y no del psicólogo, a no ser, como él mismo lo testimonia, que el sujeto mismo traiga el tema a la consulta. Y en esa oportunidad no hay nin-

guna excusa; es necesario, dice Frankl, aprovechar y tomar el tema del perdón. Perdonar es un acto voluntario. La logoterapia se fundamenta en la antropología, en la realidad del ser humano; un ser bio-psico-socio-espiritual en quien está potencialmente la capacidad de perdonar.

No hace mucho tiempo me decía una religiosa: "Después de más de treinta años de ni siquiera haber podido confesar mi odio a Dios, odio a Dios, he podido perdonarlo y ahora descubro cuánto lo he amado como una niña caprichosa desde hace treinta años". El perdón aproxima, encuentra al ser humano con la presencia ignorada de Dios en sí mismo y en el otro. Y allí acontece el misterio también del descubrimiento del sentido del perdón, y el sentido de la culpa. Por eso el pasado, cuando no hay perdón, se torna reproche, se torna acusación, se torna análisis de las causas para vengarse. Cuando se acompaña al sujeto a encontrarse consigo mismo, éste va lentamente revelando, descubriendo, aproximando. El encuentro consigo mismo permite tomar distancia de lo más infantil no resuelto, de lo más egótico, de lo más caprichoso, de lo más primitivo, de lo menos humano que hay en nosotros. Y en ese encuentro, cuando el ser humano va trabajando en esta interioridad, no sólo no se aísla sino que sale de sí. ¿Por qué? Porque en esa interioridad está la presencia ignorada de Dios. Está la posibilidad de salir de sí. Y cuando el ser humano sale de su delimitación reduccionista es capaz de perdonar, es capaz de descubrir al otro. Y allí acontece lo que Frankl menciona en el homo pathiens, en el homo doliente: El hombre sale del automatismo a la autonomía y de la autonomía a la autotranscendencia.

Nota:

*Un ejemplo de como opera la técnica logoterapéutica, es el caso que presenta Frankl en la siguiente cita:

Una cinta grabada de la que voy a reproducir un fragmento ilustrará como procedo en esta materia. La cinta contiene una conversación entre una paciente y yo que fue grabada durante una de mis conferencias clínicas. Conversé con la paciente delante de mis oyentes. Estudiantes de Medicina, de Filosofía y de Teología. Estoy en el hospital en Viena. La paciente tenía 80 años de edad y padecía de un cáncer que ya no era operable. Claro está que el nombre de la anciana es fingido. Su nombre fue sustituido por el de un personaje de novela, Kotek, titulado "Estafa del cielo", nombre de personaje con quien la paciente tenía una semejanza extraordinaria. Y comienza el relato:

-- Frankl: *Bueno, querida señora Kotek, ¿qué opina usted de su larga vida ahora, cuando mira hacia atrás? ¿Fue agradable?*

-- Paciente: *Ah, señor profesor, de veras tengo que decir que ha sido una vida buena. ¡Qué bonita ha sido la vida! ¡Y cuánto tengo que agradecer a Dios por todo lo que me ha dado! He ido al teatro, he oído conciertos, y ¡sabe usted? la familia en cuya casa he servido aquí en Praga durante tantas decenas de*

años me llevaba a menudo con ellos a los conciertos. Y por todas estas cosas tan bellas tengo que dar gracias a Dios.

Piensa Frankl: "Pero yo deseaba hacer aflorar a su conciencia su desesperación inconsciente y reprimida. Tenía la enferma que luchar con ella como Jacob luchó con el ángel hasta que éste acabó bendiciéndolo. Deseaba yo llevarla hasta el extremo de que ella misma bendijera su propia vida, de que pudiera llegar a decir "sí" a su destino que ya no podía cambiar. Quería llevarla, aun cuando esto pueda parecer paradójico, a que primero dudase del sentido de su vida en un plano consciente, y no, como hasta ahora lo había hecho, con una duda reprimida." (pp. 115).

-- Frankl: *Habla usted de sus experiencias tan hermosas, señora Kotek. Pero ¿no se le acaba ahora todo?*

-- Paciente (pensativa): *Sí, ahora todo se acaba.*

-- Frankl: *¿Cómo es eso, señora Kotek? ¿Acaso cree usted que con esto todas esas cosas maravillosas que usted ha vivido desaparecen ahora por completo?, ¿que ya no valen nada, que se acabaron del todo?*

-- Paciente (aún sumida en sus pensamientos): *Estas cosas maravillosas que he vivido...*

-- Frankl: *Dígame, señora Kotek, ¿puede alguien quitarle a usted ahora esa felicidad que experimentó en su vida?, ¿puede alguien borrar todo eso?*

-- Paciente: *Tiene usted razón, señor profesor, nadie puede deshacer lo hecho.*

-- Frankl: *¿Puede alguien borrar esa bondad que usted ha encontrado en su vida?*

-- Paciente: *No, eso nadie lo puede tampoco.*

-- Frankl: *¿Puede alguien borrar todo lo que usted ha logrado y conseguido con su esfuerzo?*

-- Paciente: *Tiene razón señor profesor, nadie puede destruir eso*

-- Frankl: *¿O acaso puede alguien anular lo que usted ha sabido soportar con arrojo y valentía? ¿Puede alguien quitárselo de su pasado?, ¿de ese pasado en el ha conservado y cosechado usted todo esto?, ¿en el que usted lo ha atesorado y amontonado?*

-- Paciente (llorando ahora de emoción): *Nadie puede hacerlo, ¡nadie! (Después de una pausa) Ciertamente también he sufrido mucho. Pero he procurado encajar los golpes que me daba la vida. ¿Comprende usted, señor profesor? Yo creo que el sufrimiento es un castigo. Porque creo en Dios.*

Por mí mismo, nunca hubiera tenido el derecho de hablar del sentido a la luz de un sentido religioso y dejarlo luego a juicio de la enferma; pero a partir del momento en que afloró espontáneamente la positiva actitud religiosa de la paciente, nada se oponía ya a que este hecho fuese incluido en la psicoterapia.

-- Frankl: *Pero dígame, señora Kotek: ¿No puede también el sufrimiento ser una prueba?, ¿no puede ser que Dios haya querido ver cómo la señora Kotek es capaz de soportarlo? Y al final tal vez se haya dicho: sí, hay que reconocer que lo ha llevado valientemente. Y ahora dígame de verdad: ¿Cree usted que alguien puede quitarle ahora todas esas victorias que ha ganado?*

-- Paciente: *No, nadie lo puede.*

-- Frankl: *Luego eso queda, ¿no es así?*

-- Paciente: *¡Claro que queda!*

-- Frankl: *Mire, señora Kotek, no sólo ha logrado usted toda clase de cosas en su vida, sino que también ha sacado el mayor provecho posible de su sufrimiento. Y en esto es usted un ejemplo para nuestros pacientes. ¡Felicitó a sus compañeros de enfermedad por poderla tomar a usted como ejemplo!*

En este instante sucedió algo que nunca había ocurrido antes en mis clases: ¡Los 150 oyentes rompieron en un aplauso espontáneo! Me volví entonces de nuevo a la anciana y le dije: *¿Ve, señora Kotek? Esos aplausos son para usted para su vida, que ha sido un triunfo como no hay otro. Puede usted sentirse orgullosa de su vida. ¡Y qué pocas son las personas que pueden estar orgullosas de su vida! Quisiera decirle esto, señora Kotek: su vida es un monumento, ¡un monumento que ningún hombre en el mundo puede destruir!*

Lentamente la anciana salió del aula. Una semana más tarde fallecía. Murió como Job, repleta de años. Pero durante la última semana de su vida no estuvo ya deprimida. Por el contrario, se mostraba orgullosa y llena de fe. Al parecer conseguí ver que también su vida tenía sentido y que hasta su sufrimiento tenía un sentido profundo. Antes de esto la anciana, como ya hemos dicho, se hallaba angustiada por la preocupación de no haber llevado sino una vida inútil. Ahora bien, sus últimas palabras, tal como quedaron registradas en su historial clínico, fueron las siguientes: *Mi vida es un monumento, ha dicho el profesor a los estudiantes de la clase. Así que mi vida no ha sido inútil...* Frankl, Viktor. La presencia ignorada de Dios, pp. 114-117 y detalles editoriales.